

# VIVENCIAS LITERARIO ETNOLÓGICAS SOBRE LOS SANTUARIOS DE NUESTRA REGIÓN (I Parte)

Fulgencio Saura Mira

El tema nos interesa porque incide en algo que va ínsito en el hombre, y es su manera de expresión religiosa, con lo que ha de ver con el “ más allá”. No vamos a entrar en la relación que existe entre el mito y la religión, que es algo que confluye en la investigación de los etnógrafos, de una forma especial en Frazer<sup>[1]</sup>, pero sí dejar clara la necesidad del hombre de relacionarse con el Todopoderoso, significar su creencia a través de la devoción a determinados santos patronos del lugar, a la Virgen o la cruz, como signos de su atención; lo que se desarrolla de una forma original y donde la costumbre y la fe del pueblo hace lo demás. De ahí la poderosa presión de la población por formar parte de sus romerías, por aglutinar el pasado y el presente que se activa por causas indescifrables, porque lo espiritual anida en la esencia de cada pueblo, donde se encuentran sus más arraigadas manifestaciones religiosas. De esta forma nos interesa captar, desde la relación directa con esas expresiones, lo genuino que se delata en ellas, la manera de comportamiento del vecino en el evento festivo que se relata, el gesto intuitivo que adopta ante la presencia del Santo patrón, o las pulsiones sentimentales y emocionales que se dejan ubicar en las romerías a los eremitorios, con la serie de facetas que se desarrollan, unas relativas al cumplimiento de las promesas y, especialmente, el fervor de la gente sencilla que descarga su fe ante el hecho vivo de su participación en ese acontecer religioso, donde el 2010 será el Año Jubilar glorioso de la Vera Cruz de Caravaca, y su Santuario el Crisol cultural y epicentro de los peregrinos del mundo.

Muchas cosas nos interesan en este particular como lo ceremonial que conlleva cada acto, la

intervención del pueblo en el mismo, la concentración masiva en la “bajada” del santo, en casos determinados o la pulsión de afectos que se derrama en los rostros de los vecinos ante la imagen a la que realiza el oportuno culto. Todo un espectáculo que es preciso vivir desde la realidad de cada evento, uniendo el espectáculo paisajístico con la versión particular del hombre que se entrega a ese oleaje de fervor comunal, que hace latir el mismo corazón de cada pueblo.

Naturalmente seguimos la ruta marcada de antemano según nuestro propósito. En este caso con un itinerario a veces anárquico que nos lleva a los santuarios de nuestra región utilizando el método intuitivo personal y donde las imágenes literarias conforman su sentido, lo que nos hace apreciar y marcar la presencia del texto religioso que cada pueblo o ciudad erige como propio, sin desmarcarnos, como es nuestra tesis, de los sentimientos populares extraídos de los pueblos comarcanos.

Nos ilusiona este periplo una vez que nos alejamos de la zona albaceteña y nos hundimos en tierras murcianas, mejor aún desde la vista antológica de Calasparra a la vera de nuestro trayecto.

Queda en la loma empotrado con su vetusta garra de caserío dispuesto al oscuro trance de su pasado: reliquia de un tiempo esplendoroso donde su castillo recreaba la mirada y era guía de viejos forasteros que deambulaban por su entorno, cuando el silencio de sus mansiones delataba la elocuencia de su linaje bajo el signo de la orden religiosa de San Juan, que llevaba a sus comendadores a litigios seculares en tensión con sus pueblos vecinales.

Se abre la villa deteriorada un tanto, en la orquestación de un paisaje que se otea a la vuelta de la carretera, sin sus ornatos de antaño, pero donde se aprecia el desgarre de sus casonas que despliegan al aire los blasones de su estirpe.



Santuario de la Vera Cruz de Caravaca de la Cruz.

Calasparra es un pueblo arabesco con sabor a arroz en los flecos de sus cañaverales de la amansada agua reconfortante que le otorga su mayor riqueza. En sus arrozales se concita el trasiego de sus labriegos en la recolección del arroz utilizando sus mañas ancestrales, y todo va bien porque sus expertos arroceros conocen el arte y la técnica de la siembra de la semilla del arroz fundiéndola en las cajas llenas de agua, como saben realizar la primera seca del mismo y la segunda en el mes de Agosto, hasta que en septiembre se procede a la recogida del arroz que, una vez separada la paja de aquel, se introducen en los sacos que se llevan al granero. Pero eso sí, se tiene en cuenta los usos y costumbres del buen labriego que hace la esquilma y se guarda con el dueño su parte para su subsistencia. Todo un proceso que es digno de evocar.

En la cúspide del monte se halla el vestigio de castillo que ya es un auténtico pedrusco malhadado, henchido en sus grietas absurdas que nos recuerdan pasadas batallas medievales, desde el perfil de moros y cristianos aturdiendo el paisaje fogoso.

Se desparrama por sus límites una serie de algaradas sin fin que trepidan y dejan el orgullo de sus antepasados, pero en todo supuesto se agudiza en los estrebecimientos de vetustas sensaciones compartidas y que se deletrean en los libros capitulares del consistorio.

La villa se agarra a su historia y morirá con ella paladeando una misión de colosal factura, retomando su pasado místico y guerrero.

Cobra rasgo y dimensión en el ajuste de su famoso eremitorio que nos enmudece y delata el otro contenido: la fértil galanura de su aposento bajo el recio signo de la fe.

Cabe una ruta de contenido mariano en cada latido del caminar peregrino por esta tierra de todos cuajada de historia y fervor, de aliento festivo y cita al paso del río Segura que convoca las almas muertas de sus antepasados, por donde se intuye la gracia del eremitorio de Nuestra Señora de



Santuario romano de la Encarnación en Caravaca de la Cruz.



Casa de Cristo de la Orden de la Merced de Moratalla.



Monasterio del Convento de San Esteban de la Virgen de las Maravillas de Cehegín.

la Encarnación viniendo de la zona albaceteña, en el contorno de Moratalla, apartado, recogido como los molinos arroceros que escarban secuencias de agua y nostalgias efímeras

por este paisaje que nos conduce al término calasparreño con sus tintes y efusiones místicas.

Entiende uno que peregrinar es buscar con frenesí algo que colme nuestro espíritu, dar con la revelación capaz de sacarnos de la rutina diaria. El viejo peregrino, que ya

conocemos en época de Alfonso X, estaba atareado con la necesidad de alardear de tal buscando alientos nuevos en su asombroso periplo, dejando su huella en el camino. No era tanto atenerse a su destino como comenzar a involucrase en esa gracia que lo atrapa, hasta el punto de enfundarse en su propia vocación.

De ahí la presencia de los caminos medievales que fundaron la mayor piedad de la edad media, en la que aparecen los visionarios del sendero jacobeo, dedicados a poner una sustancia cristiana en cada paso, dejando la huella de una

gran civilización que se ha consolidado a través de los caminos que llegan a Santiago de Compostela, cumbre de la mayor devoción del aliento cristiano español.

Naturalmente que nuestro periplo es sencillo y sin máculas de grandeza, pues



Santuario de la Virgen de las Huertas de Lorca.

por el contrario, se forja en un escueto itinerario que nos hace presa de un calor fecundo y humano que nos emula y alienta a seguir trances de emociones inéditas.

Se instalan diversos eremitorios en estos parajes de geografía límpida que se citan en sus templados espacios, por los que el alma vibra con la plenitud de la naturaleza, se recogen en sus robustos templos a veces encaramados a sillares de alturas divinas aunque en cada uno de ellos se revela el manjar típico que anhela el solitario y procura el alma noble, que no busca en ellos mas que sentir la dulce miel del silencio, ese encontrarse consigo mismo, allí donde se confirma la única verdad del hombre.



Santuario de la Virgen de la Fuensanta.

El eremitorio nos imprime carácter a la vez que deja un hondo sabor en el alma, delata su estado de perenne encuentro en una necesidad de reconciliación con el alma. De esta forma la región nos concita a vislumbrar los esquemas de nuestros puntos de encuentro con la meditación desde

esos espacios de la trascendencia, para lo que es preciso evocar los de la Santa de

Totana, el de Jumilla, de Santa Ana, el del Niño de Mula, el de la Rogativa y de la Casa del Cristo de Moratalla, o el de la Virgen de las Maravillas patrona de Cehegín, el de Nuestra Señora la Real, de las Huertas de Lorca y el del Castillo de Yecla, sin orillar por supuesto el de nuestra patrona ala Virgen de la Fuensanta, entre otros muchos lugares de mística, como este último sobre la cima de nuestro monte cercano. Santuarios que consagran sus perfiles desde sus raíces mas profundas, señalan hitos y vibran en sus momentos lúdico religiosos con excelsa calidad, como los instantes que sirven de referencia en la villa de Caravaca, cuyo santuario realza su presencia en lo alto de su farallón ,sirviendo como paradigma de magnas peregrinaciones, cual las que se suscitan en otros de indudable envergadura religiosa.



Santuario de Ntra. Sra. La Virgen del Castillo de Yecla.

Representan estos eremitorios apartados por la gracia de Dios, puntos de apoyo para la expresión de una fe rotunda del pueblo hacia sus santos patronos desde los que se escancian, como aquellos que se delinean en sus más humildes espacios que se funden en su mismo letargo bajo la arquitectura de la roca que lo resguarda.

Así, de esta forma surge el Monasterio de la Esperanza señalando un hito en la cita palpable de cientos de peregrinos que se arriman a su entorno para elevar plegarias a la Virgen de sus amores. Se aísla junto al lecho del río que nos trae la fertilidad en un auténtico espacio de paz, donde se aúna la delicadeza y el silencio. El monasterio se pega a la pared de la montaña que le sirve de cobijo en un emplaste de arquitectura modernista y potencia de misterio, donde, en su interior la Madre

amada abre sus brazos a los corazones de sus fieles que cada 8 de septiembre se dan cita en su espacio para vibrar, junto al amparo del río que surca su espacio en un espléndido paisaje, algo que nos atrae y da referencias de encuentro.

Ya el interior del santuario se nos muestra acogedor y con signos de trascendencia de carácter misterioso que se intuye en la luz de sus cirios y el silencio de sus fieles amantes en el interior de los muros, que nos evoca conjuros de una fe explayada por sus amantes que antaño desplegaban sus tradiciones en relación con enterramientos, en una ceremonia funeraria de singular factura y donde los cadáveres eran dispuestos en el suelo, sobre las losas frías que la Virgen amparaba y declamaba su esperanza a sus hijos creyentes.

En su interior se acoplan sus rezos en los límites de sus corazones hambrientos de paz y de renovación de sus vidas ante la caleidoscópica presencia del mundo que nos rodea, todo ello aunado por el soberbio paisaje que queda enlazando suaves tonalidades, como si se uniera a la solemnidad que se sostiene en el complejo sacral que nos sirve de percepción.

Puede que nos sumerjamos en un haz de sensaciones desde el interior del grave templo, tan diverso a los demás por sus aportes de creativa naturaleza, que impacta y recrea a la vez y donde la mirada se centra en la piedad de su regocijo.



Santuario de la Esperanza de Calasparra.

Nada hay más solemne ni meritorio que refugiarse en la lectura de nuestras preguntas más entrañables desde la soledad buscada en estos templos, donde se funde la divinidad con el alma humana, desde el más escondido santuario o ermita mas apartada, cual la que encaja, desde su sencillez, en la zona de la Manchica, en Fuente Alamo, como en estos que perfuman nuestra versión cristiana de la trascendencia en la filosofía de la salvación, como apertura a una necesidad de permanencia eterna.

Nos emulan las distintas formas religiosas desde la budista a la hindú, como nos admira la judía pese a la inclemencia de su estructura irredenta, aunque preclara en su normativa. Pero en todo caso la religión cristiana nos abastece de la mejor materia para enrolarnos en la salvación dentro de los cauces de uno mismo, como se afronta en la lectura evangélica bajo la doctrina de Jesús, capaz de venir al mundo y redimir al hombre mediante su muerte en la Cruz, como signo de resurrección.

Desde estos aditamentos se concibe el rumor del encuentro con lo divino en los silencios de los eremitorios que quedan encajando miradas y recibiendo el amor que se funde en el corazón del peregrino que busca este lenguaje, el que tan solo anima su más profunda convicción de pecador, de ser humano que anhela y suplica la única verdad posible.

Cada santuario ilumina con su gesto, se enraíza en la única causa que es revelar la verdad y ser cómplice del camino a seguir. Es el medio para encaramarse a la cumbre y sentir el latido de aquello que es capaz de serenar el alma, pues como dice San Agustín el hombre ha salido de Dios y a El ha de volver, que da prestancia a toda una filosofía reveladora de la esencia del hombre.

Pues que desde este punto singular y trascendente se aúna el fervor con la paz idílica que se esparce en su ámbito, que nos sirve de reconciliación para otros

encuentros con eremitorios sagrados de nuestro itinerario, tan gráciles como sugestivos y que nos entonan cánticos de angelicales secuencias.

Antaño la villa calasparreña, en el día de los Santos Inocentes salía por las calles recoletas de la villa el típico personaje denominado por el pueblo Juan Pelotero, quien a la sazón acudía con una vara dando a los que pasaban por su lado con el fin de que le entregaran la limosna acostumbrada que el acompañante anotaba en el libro correspondiente. Todo ello bajo el ritual de siglos que se ha ido debilitando hasta dejarlo en el olvido, aunque parece ser que se intenta recuperar con su atuendo y carga que poseía antaño.

Y todavía se desarrolla en sus fiestas la reciedumbre de los “encierros” que evocan su pasado de trashumancia, en connivencia con su pasado arrocero, que se consolida cada vez mejor en la actualidad, ello junto a las viejas pitanzas del común.

Queda en el recuerdo de los mas ancianos aquellas escenas costumbristas de las que da referencia Caro Baroja en su extensa obra literaria de carácter etnográfico, como episodios navideños que envolvían de buen tono las relaciones vecinales, lo que nos mueve a reconsiderar diversas facetas olvidadas y que imprimen carácter a nuestros municipios, como nos da trance para degustar el camino, el sendero o la cañada que se ajusta en la latitud de cada paraje, con su rica calidad de requiebros y rostros de pastores que recortan la bruma de un pasado que nos lleva al caserío de Tazona, que se refugia en su misma armonía de semántica y envoltura pastoril.

La historia de Tazona queda encajada en su mismo trayecto de aldea, cita de viejos pastores y peregrinos, se ajusta a sus personajes y en los troncos de los árboles que se yerguen a lo lejos. Se trata de un caserío pintoresco que nos evoca tonalidades de la pintura de A. de Beruete desde sus rinconadas varadas y prietas en sus soles de siglos.

Cabe en nuestro caminar avistar pueblos con sabor santiaguista en una zona sustantivada en sierras azules que nos espabila la mente y el sentimiento. Por esta zona se presiente el alma del pueblo con sus piedras enroscadas y su temple de horizontal efigie, por donde anidan los muñones destripados de sus murallones y se olvidan los senderos por lugares de pasada trashumancia. Busco al viejo del lugar para entablar curiosa conversación y doy de bruces con la soledad de sus pedregosas mansiones. Es fundamental para comprender el sentido de las costumbres de estos parajes.

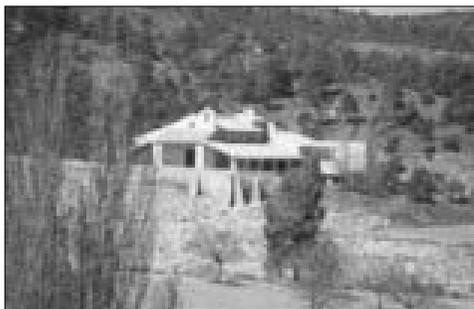
Se descuelga desde una rinconada silente el espantoso gajo pétreo que señala un resto de castillo descarnado, envuelto en sus barbas decadentes como gigantón que guardara su habitáculo. Lo que nos evoca el vetusto castillo de Socobos donde busco la soledad en tiempos de nostalgia.

Mientras tanto voy dominando lejanos azules que se colocan en su propia dimensión en el soporte de la sierra, en tanto que se recogen ante mi soturnos bancales con su vegetal creciendo por el arte de los dioses que animan este lugar sagrado

Resbala el misterio por este grandioso lugar preparado para escenas antañonas donde el murallón vigila estancias místicas de elocuente catadura. Se aúnan y da cita por doquier viejos testamentos de pliegues embadurnados de hollín que cursan brotes de misterio, como si fueran escrituras que ha de descifrar el albacea de su entorno.

Se asoman en los quicios de sus vientres santurrones y arcaicos una pasiva refutación de soledades dispares que no entorpecen la diafanidad de su legado, inscrito en sus más ásperas formas de su arquitectura perenne.

Y queda siempre el paisaje robusto de montes y prados, de extensas lejanías que nos sumen en recónditos santuarios que dan al espíritu su dignidad, cuando nos fundimos entre rutas cercanas a Moratalla por cuyo espacio anidan las solemnes efi-



Ermita de la Rogativa de Moratalla.

gies de su historia, vestigios que alumbran relajadas zonas de peregrinación por el paisaje de hoces que nos llevan al santuario de la Virgen de la Rogativa y el de la Casa Cristo.

Antes hay que filtrarse por recodos y caminos, dejar remansos del río Mundo con sus sonoros crepúsculos que el otoño empaña con su tonalidad amarilla, para unirse al camino que merodea la sierra, barranco de por medio, donde en el medioevo se apareció la Virgen a un pastor viejo llevando un niño Jesús en sus brazos. Lo que sirvió para que en este paraje se construyera una ermita dedicada a la Virgen bajo el nombre de la Rogativa. El pastor interpretó el suceso y se dio comienzo a la construcción de la ermita, aunque en el lugar no establecido en su origen, ya que cuanto se construía de día se destruía por la noche, lo que hizo pensar que el sitio indicado estaba en la zona contraria al barranco, donde en efecto lucía el trabajo de los albañiles, consolidándose el santuario que allí permanece desde el siglo XVI.

Desde su altura al que se llega tras un arduo y vidrioso trayecto entre riscos y revueltas, se domina el paisaje puro de costales y pinos, robles y nogueras. Todo reclama el viejo sabor de la calma y la necesidad de regocijo entrañable. Una vez en su loma uno se da cuenta de la belleza del lugar y toma contacto con la sucinta crónica que se desarrolla, al dar con la mujer encargada de cuidar del ere-

mitorio. Doña Concepción es ya veterana y conoce las minucias de la vida que se desarrolla en este ámbito mágico, cuida el eremitorio como a la niña de sus ojos, y en su soledad de años sigue en su oficio de lavar la ropa en la fuente cercana mientras atiende, por supuesto, a sus vecinales gallinas ponedoras de huevos que se desparraman por su alrededor con una gracia inusitada.

La mujer tiene la llave de la ermita y hay que buscarla para otear el interior del santuario. Lo hacemos mientras su esposo, ya mayor, apacienta el ganado de su hijo por las lomas que se alejan por la hondonada y la mujer se preocupa, pues piensa en aquella noche en que el hombre se perdió con su ganado. Era invierno y todo presumía una nevada drástica, pero al fin apareció como buen pastor llevando a su ganado al establo, lo que para doña Concepción era un milagro de la Virgen.

La mujer nos invita a ver el interior del santuario. Para ello es preciso pasar por un vestíbulo antañón que huele a cereal que curte los sacos de centeno que se arrinconan en una sala, una vez recogida la cosecha por el matrimonio. Cerca hay un aljibe arrinconado a una escalera escueta, a modo de pasaje singular, que nos encarama a la capilla alta donde se custodia a la Virgen, que el último día de Mayo es traída desde el pueblo, en ardoroso flujo de personas que se arriman a Ella; a su Virgen, para suplicarle salud y abundancia de bienes, en un haz de momentos festivos plenos de emoción y fervor.

En las paredes del santuario se auscultan unas pinturas de raíz popular, a modo de exvotos que dejan entrever escenas del Santo Evangelio, donde se resalta la figura de la Virgen y de San José, todo impregnado de una inocencia pictórica muy atractiva, donde se representan escenas relacionadas con el milagro otorgado por la Señora.

En la sacristía aparecen los objetos sagrados y una ventana escueta deja caer

una luz de mañana otoñal que nos delata un fondo soberbio de paisaje entre azul y verde. Es el instante en que doña Concepción acomoda todo lo revuelto a su estado anterior, con el fin de que las cosas queden en su sitio, como ha de ser.

A la salida del eremitorio la mujer propone adquirirle una docena de huevos recién cogidos de sus gallinas que merodean por el prado con la gracia de sus andares, y claro, no nos podemos negar a esta suculenta adquisición.

La mañana es luminosa y el alma se encierra en su silencio intuyendo la gravedad del instante. Nada más hermoso que pasear por la cercanía de este lugar de paraíso que instala sus muecas de espíritu en el paisaje, sintiendo la soledad y el hallazgo, la dulzura y el estremecimiento.

El santuario remata la hondura de un estilo de vida campesina entre cañadas y barrancos que se funden con las sierras, por las que anidan las águilas reales y se esconde la casona en su morada de hogar donde antaño los pastores acudían a su descanso. En los espacios de la mansión se intuye el eco de sus viejos trajines al socaire con la recogida de las nueces y la sementera, que fue su razón de ser y de cavilar el hombre para mantener a su familia.

Eso sí, al amparo de la Virgen amada que agrupa a cofrades y da cita al pueblo al regazo de su manto en el mes de mayo. Se respira sublime encanto desde el aire nuevo de una renovación acogida en nuestra alma que intuye regocijos celestiales. Uno se da cuenta del fragor que se ajusta a los romeros que, en Mayo se enraman a la ermita con la Virgen de la Rogativa, se empañan con el sudor de sus cuerpos heridos por una fe incontrolable que no se puede contener. Más aún cuando la introducen en su Santuario y se vibra con la luz de lo paradisíaco. Todo es clamor y fiesta, boato de flores a la Reina y cánticos de alabanza. Todo se nutre de una pasión enfebrorizada hacia la Virgen y las mujeres más devotas la buscan mientras caminan con sus pies descalzos, portan velas encendi-

das y anhelan atraparse al fragor de esa oleada de fervor que anida en el ambiente, donde el pueblo entero reverencia a su patrona.

Pienso en los otros caminos que nos llevan a estos refugios del alma, en tanto se apodera de nosotros una sensible armonía de suaves efluvios que nos dejan un poso agradable, mientras cursamos los silencios de viejos caminos de pisadas de peregrinos andantes capaces de recoger el fuego de sus antepasados. Es hora de sumirnos por otros sucintos santuarios con su mueca y dejarnos llevar por el tiempo que nos pertenece, orillando paisajes y puliendo esquemas de andaduras diversas.



Santuario de la Santa de Totana.

Ahora nos ubicamos en un itinerario diverso mas afecto al eremitorio de la Santa, del concejo de Totana, a fin de retomar el relajo del espíritu fundamentando el sabor de sus espacios encajados en fervores populares, con viejos exvotos que ennoblecen sus estancias como la decoración que anima su envoltura en un solitario perfil de lugar paradisíaco.

Se animaron festejos concejiles en un pasado, en honor a la Santa con batahola de muchedumbre acostumbrada a peregrinar con la patrona, desde el eremitorio al templo de Santiago. Esto lo ha venido haciendo el pueblo desde siglos pasados dando crónica al momento lúdico de su festividad cada 17 de Noviembre, evento que da a Totana, la clásica Deitania Urbs,

todo el calor de la vecindad con la parafernalia de actos que se vienen observando :” siguiendo antiguas y venerandas costumbres encarnadas en el espíritu religioso de estos vecinos...”. Lo que se dice en las páginas de sus actas capitulares ,como la que referencia la sesión de 17 de Noviembre de 1873,que consolida una Comisión para enaltecer la festividad de Santa Eulalia de Mérida ,determinando una serie de actos como la designación del cura para decir el panegírico de la Santa o la contratación de una banda de música o charangas : “Que anunciasen y dieran más lucimiento a estos actos”. Para ello se habían de poner de acuerdo con la Junta Protectora del Santuario, aspectos que se aprobaron por sus ediles D. Emilio Fontana, Eugenio Lorca y D. Andrés López, estando presente el Maestro de Capilla D. Ricardo Pérez.

Son interesantes a este particular, la serie de sesiones concejiles que tratan de la festividad de la Santa, cual la que se advierte en la de 30 de Noviembre de 1874 y de 1875 en las que se insta a los vecinos...” entre otras cosas a que iluminen sus respectivas casas las noches del 22 al 23 y pongan colgaduras en el citado día 23 para solemnizar el santo del Rey Alfonso...” Pues que en la sesión de 1 de Marzo del año citado ya se hace alusión a la festividad del monarca mediante la adquisición de un lienzo que representara al mismo, sin que el gasto hiciera gravosa la adquisición del cuadro, debiéndose contactar con D.Ignacio Aznar.

Totana ajusta su historia en relación con el concejo medieval de Aledo desde cuya cima se domina un paisaje admirable. En el siglo XIII era un anejo de aquel al que hace referencia el mismo Menéndez Pidal reflejando por su entorno la figura enhiesta y romancera del sin par Cid Campeador, luchador frente a los moros y leal servidor de Alfonso, denostado por la nobleza y creador del mejor empaste del cancionero de gesta que existe en nuestra

literatura, tan encomiado por Camón Aznar como figura selecta que encarna la mayor nobleza del héroe castellano aún en su mayor afrenta que dieran los siglos.

De aquí el impacto que nos ofrece el entorno de la geografía totanense cuando se perfila la torre del Homenaje de Aledo con su cabal facha de cumbre romancera que nos enamora y da lugar a encuentros asiduos con su místico conjunto, donde cabe apreciarse la célebre horca o Rollo en que ejecutaban a los delincuentes en una zona de la plaza del municipio.

De ahí la cadencia y el signo de su atadura con el medioevo pero que entronca después con su propia realidad histórica desde su configuración santiaguista, que despierta su misma entidad, ostentando concejo propio, con singular archivo que cuenta con una intensa percusión de documentos, tumbos y actas capitulares que son su escritura y razón de ser.

Nosotros, en nuestra estancia en esta hermosa villa en los años sesenta, tuvimos ocasión de investigar ampliamente sobre su crónica, fundirnos de lleno en el archivo y deletrear sus documentos, actas del siglo XV que como dice Cervantes no las descifra ni el mismo diablo, pero que nos deleitaron y pusieron alas en la investigación de este municipio que mantiene su casta, una arquitectura monumental que fluye en las piedras de su templo y se nutre de referencias en sus calles y plazas llenas de encanto, sobre todo en su santuario al que sus feligreses acuden en fechas decembrinas cuando se acerca a sus devociones la figura de la Santa, a la que se la venera y distingue desde el siglo XVIII .

Pues ya en sesión de 1777 se hace referencia a la festividad de aquella el diez de Diciembre y los vecinos se aprestan a acudir a su santuario, :” De la villa a una legua larga”,pues ello delata el interés de la población por su patrona y la devoción que surca sus corazones desde tiempo inmemorial y es que en dichas actas capitulares se insiste en la ...” Incomparable devoción

y culto”, que le otorgaban sus vecinos en día tan señalado, apelándose al Mayordomo y Capellán, a tener de la orden de su programación, delimitándose su itinerario desde el santuario a la ermita de San Roque. Lugar en el que el Comisario de la villa iba a recibirla con la asistencia de la real justicia y otros dos capitulares ,debiendo permanecer en aquella con los debidos adornos hasta las dos de la tarde en que el Concejo pasaba a recogerla y era traída a la villa en solemne procesión con el boato acostumbrado.

Se procedía a celebrar las vísperas solemnes con el más solícito ceremonial, hasta que a la mañana del siguiente día se tornaba a la Santa a la ermita de San Roque.

Se mantenía por tanto un selecto formato en la organización de esta fiesta que convoca en la actualidad a una ingente población, que insta en torno a su patrona todo un sereno y apasionado fervor digno de toda loa.

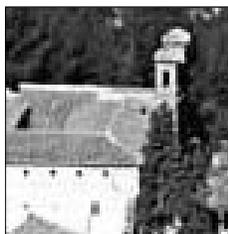
En todo caso el santuario conjura momentos de enorme satisfacción espiritual que anota su impronta los espacios que se acoplan a la densidad de su arquitectura, delectando en su contenido, la fecunda expresión de trascendencia que se concita en sus naves, como se asiste a la hechura del exvoto en su más directa recreación por el espíritu popular. Los hay en el Santuario de la Santa con tanta gracia y soltura que su estudio abundaría en sorpresivos encuentros con la pericia del pueblo para expresar sus sentimientos más hondos.<sup>[2]</sup>

El exvoto es una forma de recrear el milagro que se cree realizado en una persona, normalmente sencilla, a través de la curación de una dolencia o enfermedad maligna. El sujeto curado desea entonces dedicar su agradecimiento a la Virgen de sus amores o al Cristo mediante una pintura en la pared de la nave religiosa con la representación del milagro acaecido en su cuerpo. De ahí la presencia en este eremitorio singular de una amplia colección de

estas pinturas populares que dejan emoción en nosotros, porque en ellas, en cada una de estas piezas pintadas con la ingenuidad del hombre rural, se percibe su grandiosa religiosidad, esa forma de comunicación directa con el santo al que dirige su agradecimiento. Ya daremos cuenta, en otro espacio, de cada uno de estos exvotos estudiados por expertos y que secundan una manera de relación entre el ser humano y lo que le trasciende. A veces se refleja este evento en la presencia de una vela o de símbolos aludidos al hecho milagroso y que en este recinto sagrado toma una presencia evidente. Hay en su interior una serie de objetos decorativos como el barco que le sirve de alusiones fantasmagóricas o las Capillas inundadas de fervores encendidos de sus fieles. Un Santuario envuelto en la soledad de la montaña que le sirve de encuadre y custodia, lugar de paso del romero hacia otros parejas donde la historia nos enreda en plegarias de peregrinos inscritos en el dogma de su creencia.

Nos envuelve la necesidad de buscar el trayecto hacia otra zona distinta, Esta vez por el Altiplano con su carácter de llanura mesetaria y confluencia con la zona alicantina. De tal manera que se asoma el Santuario de la Abuela Ana, de Jumilla a nuestros ojos que anhelan saturarse de la espiritualidad que anida en su entorno, donde los cipreses ponen notas de mística al paisaje.

El anhelo por fundirnos en el interior de sus naves, dominar su espacio, el hábitculo en el que moraban los famosos santos de nuestro requiebro, hace que insistamos en advertir ese lenguaje henchido de energía espiritual, cuando ahora, en este tiempo todo reviste ansiedad y se inspira en el egoísmo del mundo.



Convento de Santa Ana del Monte.

Por eso, ya en el interior del mismo damos con unas frases que nos hiela el alma:

*"Estas horas las va dando  
El reloj con gran cordura,  
Y tu vida caminando  
Aprisa a la sepultura".*

Se detiene el pensamiento en este mensaje que requiere soledad y templanza, rotunda pose ante la única verdad del hombre.

Cabe todo un tratado de silenciosos y profundos pensamientos que nos serenar y ajustan la voz a la complacencia de uno mismo con Dios, como expresión de aquellos vates que nos precedieron, de aquellos iluminados que supieron sentir su autenticidad, desengañados del mundo y abandonando todo para residir en el silencio del habitáculo sagrado, como hicieron San Pascual Bailón y el Beato Andrés Hibernón en el refugio jumillano, sintiéndose el hábito de su soledad en el interior de sus espacios, donde los frailes mantienen el calor del sacrificio desde la recia nomenclatura de sus celdas.

Ya anteriormente nos asombra el paisaje mientras en la mañana luminosa del santuario de Jumilla, se sitúan las aldeas en agradable encuentro con personajes apartados del mundanal ruido.

Algo nos dice que peregrinar por estos pagos es ganar tiempo a los valores del espíritu, desarrollar claridad de poses en este recio y sugestivo formato de naturaleza que nos dirige a encuentros fabulosos donde todo se reúne en sucintos episodios de recónditas sugerencias.

Me doy cuenta de que tan solo soy un ser que late ante la presencia de la sencillez y la paz de las cosas. Presiento la existencia de Dios en este caminar sosegado y limitado a los surcos de los caminos y tierras pegadas al santuario de la amada Abuela, retenida de esta forma por sus habitantes que la sienten en el fondo de su corazón. La única que puede dar razones a los complejos problemas de la vida, que

anida en el silencio del labriego que, desde sus más apartados espacios la llama e implora para que le traiga el agua tan anhelada.

De tal empaque es el cariño que los jumillanos le tienen a la Abuela Santa Ana como al Cristo de la Columna que radica en el santuario, y que en el tiempo de Pasión se baja a la villa en una puntual y sentida procesión en la que se encumbra la genial obra del maestro Salzillo, que en Jumilla tiene un valor añadido.

Para notar este sentimiento no hay mas que acercarse en Semana Santa a esta tierra lejana y de vendimia, ese momento fecundo de bonanza, en el que el campesino ofrece a sus viejos Lares su más expresivas muestras de afecto.

Hay que escuchar el latido de toda la población y tomar nota de este hecho tan básico para el oriundo del lugar que siente sus cosas: todo ese rumor de leyenda que existe en el eremitorio con sus paredes sagradas y sus remansos de espíritu. Como anida en sus calles de la vieja barriada el alma y de la pasión de Cristo que transcurre enigmáticamente por el fondo de sus cadenciosas plazas, teniendo como única luz el señuelo de las hogueras en la mágica noche del Miércoles Santo.

Jumilla se envuelve en un paisaje de secarral donde el castillo inflama y se hace vigía singular junto a los caseríos que se arrebujan a su entorno. Es una viñeta para un cuadro de simbología romántica digno de un pintor, pero además sus casas de labor, apagadas ahora por la apatía, nutren el entorno de sensibles rasgos que le marcan un eco pastoril con sabor a bodega y almazara, a fiesta en la recolección de la vid, que es su mejor muestra de fertilidad.

Todo en esta tierra es sagrado, se encaja en su versión de menudencia y contenido religioso que se da cita en el santuario, en sus templos y en la sintonía de sus gentes a la hora de aunarse en los trances pasionales, donde la procesión se tiñe de

un fervor que a veces nos enmudece en la mágica noche del Silencio.

Junto a la urbe con sus nobles edificios que muestran el boato de su estirpe, se levanta El Carche con su silueta tangible y fidedigna, dejando en la mirada una huella de su pasado milenarior.

Pero es conveniente caminar por estas tierras de santidad, hundirnos en el misterio de sus silencios, dar con el matorral o el casón solitario que es cuajeron de sol en la tarde cálida del estío, notar la silueta de un pasado que presente el eco del fragor de la batalla, porque cada espacio, cada sendero y piedra nos va escribiendo algo de su pasado tan denso como admirable.

Como nos admira cada recodo que anima su mensaje etnográfico tan estudiado por sus escritores, tan amenizado por sus historiadores como Lozano y Guardiola, de singular memoria.

Se camina y se comienza a rozar el trayecto sacral de su encaje en la razón de este encuentro místico y fabuloso, pues a poco que nos adentremos en el paraje se siente el calor de un Vía crucis de cerámica que relata la pasión de Cristo cuya muerte en el madero delata el trágico momento de la redención humana. Cada encuadre deposita en el alma el mensaje de la salvación merced a la entrega del Hombre al patíbulo para que por su sacrificio el hombre pueda vivir de nuevo. Se aposenta en cada una de las piedras de este eremitorio una sigla de la verdad inédita del humano, que tan solo se complace con eso que se llama bienestar y que le aísla y acomoda en otros propósitos placenteros, sin darse cuenta de que vamos caminando hacia la completa soledad del alma con su creador.

El Santuario nos lo recuerda y delata que la felicidad radica en las otras nomenclaturas que no son de este mundo, que la verdad la posee el hombre que se busca a sí mismo en la profundidad de su ser desde el gran silencio de la eternidad. El hombre se busca en el trayecto corto de su

existencia y nada le conmueve mas que saberse fundido con la divinidad, estar alejado del mundo y de sus cosas que tan solo le arrebatan el don de los silencios más estimables.

Desde cualquier altura del eremitorio se otea una panorámica soberbia; nos damos cuenta de la grandeza de la naturaleza y se añaden matices suaves en el conjunto de sierras y casas, de caminos y trochas por las que se dejan mimar unos matorrales cercanos a bancalotes yermos.

Notamos el grave silencio que se hace vestíbulo y encierra algo de misterio en el lugar, como indicándonos que nos dirigimos hacia el habitáculo de la santidad donde anida el clamor de aquello que necesitamos. La ansiada paz que precisa nuestro corazón, la paz que no se deja otear en el mundo en el que habitamos y por el contrario se oculta en la intimidad del eremitorio alejado del mundo y sus pompas.

El Santuario de la Abuela Ana data del siglo XVI, en cada una de sus estancias se acomoda una voz menuda y entrañable que nos indica algo íntimo capaz de devolvernos un sosiego inenarrable. Cualquier objeto que oteamos en su interior nos increpa e invita a una oración. Todo queda envuelto en un ambiente de cenobio con alusión a una huella del santo que se refugiara en este sitio mágico. Y es que penetrar en estos aposentos es dar con algo que no pertenece a este tiempo, vislumbrar asuntos que no son de esta vida en la que tan sólo se deposita el egoísmo y la soberbia, donde rigen los intereses y extrañas discusiones sin sentido.

Damos entonces con las humildes celdas de aquellos santos tan apasionados por el alma y la entrega a Dios, ricos en valores espirituales que anhelaban tan solo la paz y la entrega al creador. Se dieron cita en este lugar como untados por la gracia de la santidad mas completa, dejando hogar y familia, todo absolutamente para, una vez desprendidos de los atavismos de esta vida, marcharse desnudos a los

umbrales de la patria nueva. En sus aposentos pululan ecos de una teología que queda escrita en las paredes de estas salas, detalles que comportan dignidad a aquellos, untados de sagrados encuadres, rotulados por la marca de los personajes fundidos en su santidad.

Hundirse por estas moradas interiores del Santuario es dar con la profunda efigie, la Cruz amiga, el lienzo sabroso que nos revela la pasión de Cristo azotado, cruelmente vilipendiado dejando su sangre inocente para que nosotros, la humanidad sea libre y redimida del pecado. Esta es la mejor forma de adentrarse en estos cubículos magnos que abren las compuertas al espíritu del forastero que se aproxima a ellos para alumbrarse con su testimonio.

En los encuadres y rinconadas se remansa el latido de lo sencillo como en las imágenes y lienzos de sus paredes, retratos de vírgenes y santos en franca pose de levitación, lienzos de artistas setecentistas que son un regalo para la mirada. Son piezas de pintores anónimos donados por el celebrísimo Marques de Villena, de singular memoria en el siglo XV. Oleos de José Folch de Cardona o de F. Miguel Claver, engalanan majestuosamente los aposentos desde los que la mirada apura el significado de su rotunda versatilidad, pues cabe arroparse la mirada con una obra de menor enjundia que creemos es copia de Orrente tan admirado por nosotros.

Son preclaros los Cristos de la Sangre de carácter tenebrista y con la huella de Senén Vila. Nos asombra en su cabal significado la ingente y deliciosa obra relativa al Cristo atado a la Columna de Salzillo, donde se da cita la belleza y la unción del Cristo sufriendo por la humanidad, pieza que para el jumillano adquiere un poder enorme y deja su simbología en la semeblanza de los peregrinos que cada año procesionan a su templo parroquial como símbolo de bonanza.

Destaca en su interior el lienzo que representa al fraile Mancebón, muy rela-

cionado con el Cristo de la Sangre, como la huella constante del Beato Andres Hibernón, con efigies del escultor valenciano Francisco Esteve que, junto con la orfebrería y una amplia temática sobre rosarios y otros objetos, conforman una amplia variedad de objetos religiosos de gran factura, ello junto al Belén y un bello diorama de la Tierra Santa muy ajustado a la versión geográfica del espacio que se trata de representar. Se distingue la puerta de San Pascual Bailón con sus llaves como detalles que nos admiran y hacen las delicias del peregrino que acude a estas sagradas estancias que le sirven para anotar, en los registros de su alma, el candor y densa presencia de estos objetos, como puede contemplar el paisaje que se otea desde los ventanales, con el patio cercado por unos cipreses meditabundos que formulan coloquios esperanzadores y llenos de conjunción espiritual.

Se nota el recogimiento en el encuadre del santuario con el aliento de la Orden franciscana que fundara este solemne hito de fe y de cita constante de peregrinos y forasteros atraídos por el influjo de su estigma. En todo caso encontramos en ese refugio de paz todo el recogimiento y orden que anhelamos, en cuyo interior se contempla la estela de su pasado esplendoroso que se vive intensamente, como si allí no hubiera sucedido el tiempo.

Paraje este para la meditación donde la mirada deposita el deseo de quedarse y saborear su esencia: dulce y acogedora paz que se entronca en sus ángulos, dejando en su ambiente el signo de alientos sabrosos en el interior de sus objetos.

Se mantiene en su interior, como isla de soledad y estudio, la biblioteca con sus mas de tres mil volúmenes que dormitan en sus estantes y que el fraile Antonio García cuidaba no hace muchos años con el mimo que se muestra en la contemplación de esos libros llenos de historia, catalogados con paciente voluntad de sistematizar fechas y momentos importantes en la evo-

lución de este Santuario, farallón de los devotos y místicos que acuden a su ámbito para involucrarse en su espiritualidad.

La biblioteca queda como la más pura semblanza del pasado con los tomos cubiertos de pergamino que encierran la sabiduría asombrosa, que es una invitación para quienes como quien escribe, halla placeres insólitos en la lectura de aquellos. Algunos son auténticos incunables que nos muestran la crónica del siglo XVI. Se inician en el año 1576 aproximadamente, con capítulos de teología y sensibles apartados de celeberrimas homilías que pusieron vigor a las palabras de sus más ínclitos predicadores. Forman parte, estos apretados legajos, de la más fidedigna documentación del eremitorio, de este templo del saber y de la comunicación con lo divino.

Son la obra completa del cronista de la Orden franciscana Waddings, quien recrea con su voz la dimensión austera de esta congregación ejemplar y que ha fundamentado una manera de ser y de meditar, como camino que se dirige a las alturas más fecundas de lo paradisiaco. Desde el espacio disciplinario de la biblioteca atisbamos una ventana por la que se otea el lejano pueblo jumillano con la silueta señera de su castillo, que fuera icono esencial, y que nos evoca lances medievales por este entorno que sirviera de encrucijadas gloriosas.

Nos produce noble emoción las palabras del buen fraile que nos acompaña, que nos comenta rasgos de la historia del mismo, eventos y anécdotas importantes que nos sirven para documentarnos, para saborear el roce de cada minuto en el interior y en la zona del jardín amorosamente cuidada.

No cabe duda que cada santuario mantiene su propio gesto, su calidad y equilibrio que lo ata a su destino, se muestra nítido y fecundo desde la realidad que palpita con el paisaje que lo circunda. Por esto se puede significar cada presencia del

santuario, consolidar el matiz que anida en su entraña en la gesta de su envoltura recalando en su mensaje.

Nos apetece estos periplos por la sencillez, como cita para el coloquio del alma que necesita de estos mimos y aposentos, dejando al margen la desidia de la tensa vida que es desgarró y negritud,

Nos fluye por el alma algo de trascendencia una vez que sentimos la gracia de ese instante, encuentro con cada eremitorio que circunda la geografía regional murciana, aunque a veces nos introduzcamos en zonas alicantinas o albaceteñas. Pero en todo supuesto se nota el misterio que se recoge en su habitáculo, en el entorno al que pertenecen dándole al paisaje una calidad muy especial como de amparo y solicitud de encuentro.

(Continuará).

#### NOTAS

1. Nos referimos a su obra *La Rama Dorada*, donde refleja ese mundo relacionado con la magia y la religión. Un mundo en el que el hombre se mece para dar sentido a sus más hondas preguntas. Su estudio se enfoca en un cotejo de culturas que inciden en la misma respuestas que anhela el ser humano, entre ellas sus expresiones paganas hacia lugares, fuentes, santuarios de toda índole o parajes estigmatizados por un hecho milagros que atrae a una multitud. El cristianismo da respuesta a estas necesidades del hombre que nosotros intentamos advertir y dar significado, someramente por supuesto, en estas páginas viajeras que no tienen otro fin que hacer un recorrido, si se quiere, literario etnográfico por estas tierras santas de nuestra región. Nos atenemos a un muestrario de Santuarios bellísimos y acogedores sobre los que ya se ha escrito bastante, pero que los miramos con otro enfoque. Este sentido lo hemos ampliado en otros trabajos y no es el momento de traerlo a colación, pero damos constancia del significado que tiene.
2. Nuestra presencia en la villa de Totana durante más de un año en calidad de Secretario de Ayuntamiento tuvimos ocasión de conocer cada lugar, pedanía o diputación del término municipal y en especial tomamos contacto con este santuario donde pasé momentos felices, acaso de los más eficaces de mi vida.